

**JOSÉ LUIS
GARCÍ**

V *Madrid, el cine y el 92*


amos a ver, yo digo que Madrid fue la Capital Cultural de Europa, en cuanto a cine, en 1952. Madrid en 1952 ya no era la ciudad de más de un millón de cadáveres que iban alguna vez al cine a ver una película en blanco y negro de Ronald Colman. En 1952 yo tenía ocho años, y cuando abría un periódico madrileño, las salas de cine -de estreno, de reestreno, de primer reestreno preferente, de programas dobles, triples...- ocupaban varias páginas. El cine era la verdadera fiesta que te seguía allá donde fueras, y no el París de Hemingway. El gran espectáculo de entonces. El único espectáculo de entonces. Sólo había cine. Vivíamos de cine. Pan y cine. Más cine que pan. Habría sido estupendo que seleccionaran Madrid en 1952 como Capital Europea de la Cultura. Qué gran ayuda. Nos habría servido a todos y en todos los aspectos.

Hubiera supuesto una década de adelanto. Habríamos llegado a los años 60 en los años 50. Ahora tiene menos sentido. Vivimos en Europa en la hora y el día y el año del Señor. Pero, insisto, en cuanto a cine, Madrid fue en 1952 la capital de Europa. Ninguna otra ciudad (Londres, Roma, Berlín...) ofrecía más primeros planos de Clark Gable per cápita. En Madrid había más butacas de entresuelo por metro cuadrado que en ningún otro sitio. No éramos sucursales de la Banca Hollywood, éramos la oficina principal. Con sólo reproducir la cartelera madrileña de 1952 ya tendríamos una conmemoración cultural de primer orden. (Entre otras películas, recuerdo haber visto ese año «Eva al desnudo».) Puede parecer reaccionario -la Historia tiene estas bromas crueles-, pero nadie recuerda ya esas películas que sólo podían verse fuera del país. Incluso hemos olvidado títulos y autores. Qué ironía. Hoy, cuando apenas existe un filme desconocido, las grandes obras de la Historia del Cine, según los jóvenes críticos de ahora mismo, son aquellas que filmaron (y dentro del sistema, además) Lang, Hitchcock, Ford, Wyler, Welles, Wilder..., cine realizado bajo la tiranía de los Estudios. Madrid en 1952 era una ciudad pequeña a la que todavía le sobraba tiempo

para todo, incluso para comentar el Congreso Eucarístico de Barcelona.

Madrid siempre ha sido generosa. Nunca trataron mejor a Claudette Colbert o a Chevalier, que en ese Madrid de 1952. Pero ahora es tarde. Y no porque se estén cerrando -aquí y en todas partes- los barracones de la linterna mágica, sino porque Madrid es un monstruo caótico que ha crecido acumulando todas las desventajas de Nueva York o Tokio. En Madrid ya no sorprende nada. Es una «city». Todo lo engulle. Los acontecimientos no son acontecimientos, porque todo es ya acontecimiento. Ingmar Bergman puede llegar en 1992 a promocionar su libro de memorias el mismo día que Coppola asiste a una corrida de toros y, bueno, quizá por la noche coincidan viendo a Plácido Domingo en «Ótelo». En Salamanca eso sería una conmoción, en Madrid apenas es noticia de página de cultura y sociedad. Madrid es tan grande, incómoda e instantánea, que ya no tiene estaciones, ni siquiera sensación de estaciones. Apenas remotos recuerdos de primavera se mezclan con otoños invernales. Antes, la sensación de otoño te sorprendía una noche de agosto, mientras cenaba semidesnudo, a la napolitana, escuchando la radio del vecino puesta a todo volumen -la radio no es medio caliente, es que da calor-, y te sorprendía, digo, porque un viento ligero y fresco, con olor a jaras, se metía por las ventanas abiertas de la casa. Era la primera ráfaga, el viento que traía el colegio y los libros y los abrigos y los madrugones de dientes que castañeaban. Y más adelante, a primeros de noviembre, aparecía en el patio del colegio, un colegio salido directamente del «cero en conducta» de Jean Vigó, una mañana envuelta en niebla, una mañana como extranjera, como de Londres o Budapest, y durante un segundo, a veces una fracción de segundo, dejabas de saltar en el recreo, un patio pelado, sin árboles, sin porterías de fútbol, sin nada, y tu corazón recordaba el tiempo antiguo de la Navidad. Y, en fin, en días de novillos primaverales, jugando a la pelota de trapo con niños sin nombre, por una esquina del Retiro adivinabas el verano, allí justo donde el sol brillaba en un trocito del estanque o sobre una verja de Menéndez Pelayo, o en un barroto de la jaula del oso. Ahora en Madrid ya no hay estaciones. Ni casi cines. Madrid en 1952, capital del cine, a veces parecía una película francesa de Carné («L'air de París»), cuando caían los chaparrones de mayo por el paseo de Recoletos y por la calle ándose en el asfalto mojado de la noche o en los charcos que partían los taxis. La Castellana, al anochecer, envuelta en crepúsculos naranjas, adquiría el espíritu de esas avenidas vienesas o berlinesas hechas de cartón piedra en Paramount o Columbia. En los domingos mañaneros del Rastro estaba íntegra la filmografía del neorrealismo italiano, con el mismo olor a hierro oxidado y a gabardina usada, y con Ricci regateando el precio de las bicicletas. Madrid incluso tenía el sabor y el color de las películas de tabernas portuarias de Jean Gabin, allá por Legazpi, donde la ciudad se estiraba hacia un muelle de brumas sólo visto por Emilio Carrere. Nadie hace una ciudad capital de nada por decreto. Los movimientos culturales no surgen por nombramientos. Berlín, París, Londres, Nueva York, ahora Los Angeles, han sido el centro del mundo no porque alguien firmara un

«Madrid fue en 1952 la capital de Europa. Ninguna otra ciudad ofrecía más primeros planos de Clark Gable per cdpita. No éramos sucursales de Hollywood, éramos la Oficina Principal Con sólo reproducir la cartelera madrileña de 1952 tendríamos una conmemoración cultural de primer orden.»



«Nadie hace una ciudad capital de nada por decreto. Berlín, París, Nueva York han sido el centro del mundo, porque rezumaron cultura y talento. Los ochenta pudieron ser nuestros, pero la «monda» de Madrid cayó ante una tormenta de verano.»



Madrid fue Capital Cultural de Europa, en cuanto a cine, en 1952. Era el gran espectáculo de entonces. El único espectáculo. Sólo había cine.



Nunca trataron mejor a Claudette Colbert o a Chevalier que en ese Madrid de 1952. Pero ahora es tarde. Los acontecimientos no son acontecimientos porque todo es ya acontecimiento.

¡Ay, Madrid!, ciudad romántica y generosa, la capital cinematográfica europea te llega con cuarenta años de retraso.



papelito en los años 10 y 20,60, 70-80 y 90. Las calles de Montmartre o la Tabla Redonda de Algonquin rezumaron cultura y talento porque por allí fueron dejándose caer tipos independientes. Los 80 pudieron ser nuestros, pero la *movida* de Madrid cayó ante una tormenta de verano. Todas las terrazas se vaciaron. Y es que tenía razón el maestro González Ruano. Los creadores están siempre dentro del café, no en la terraza. La cultura oficial jamás ha sido vanguardia de nada. La subvención siempre huele a casa habitada por gatos.

Durante 1992 se van a hacer en Madrid, apartado Cine, cosas como retrospectivas, exposiciones, ciclos de películas madrileñas, videoclips, etc. Y, además, veremos el «Showcan», que es como la televisión de alta definición pero en pantalla gigante. Se instalará en la plaza de Colón y la proyección vendrá desde las Torres de Jerez. No quiero decir que estas cosas no sean interesantes, pero tampoco estaría mal que les dieran a nuestras salas cinematográficas de los años 30 y 40 -por ejemplo, a casi todos los cines de la Gran Vía- una manita de tecnología del tercer milenio que viene. Tampoco estaría mal hacer una ciudad del cine, pero con Estudios y Escuela. En cualquier caso, ya lo decía Balzac, las capitales culturales y los festivales de cine, música, teatro, etc., deben hacerse siempre en pequeños, atractivos y cómodos lugares, como Avignon, Cannes, Salzburgo, Venecia, Bay-reuth..., donde la atención se multiplica y todo se individualiza y se paladea con gracia y audacia, sin nervios, sin pensar en el atasco. Creo que Salamanca era la candidata ideal. El año cultural habría explotado en la Plaza Mayor salmantina con la potencia de un derechazo de Tyson. Ir a Salamanca ese año habría sido asistir, otra vez, a una fiesta continua. Vivir en Madrid ese año será vivir en ninguna parte. (No olvidemos que nuestro más grande acontecimiento cultural cinematográfico ocurrió en Salamanca, en las conversaciones de 1955.)

Como madrileño, por último, quiero añadir que si Madrid nunca ha tenido (si nos olvidamos de los tiempos finiseculares) muy arraigado el sentido de fiesta es porque la mayor parte de las personas que ahora viven en Madrid no son de Madrid. Y los que llevan viviendo treinta, cuarenta o cincuenta años aquí siguen siendo de sus lugares de origen, y sus fiestas de verdad son las de sus ciudades o pueblos. Y no hay más que mirarles a la cara

cuando regresan a sus
casas güilo estará
siempre fue-drid!,
ciudad román-pital
cinematográfica
cuarenta años de



de allí para saber que su
or-ra de nosotros. ¡Ay,
Ma-tica y generosa, la
ca-europea te llega con
retraso.